

Alfonso García Ruiz

Sobre la crítica histórica

Lo primero que debe plantearse respecto del estado actual de la *crítica historiográfica* —que esencialmente afecta a la *crítica histórica*, puesto que en ambas se involucran y comprometen tanto el conocimiento, convalidable o convalidado, de naturaleza histórica como sus efectos en la conciencia humana viva —o muerta— individual o colectiva— es la cuestión de si dicha crítica existe o está todavía por constituirse.

Aun cuando resulte sorprendente, considero que la respuesta a esta cuestión —en nombre de la propia crítica que jamás, en mi opinión, debe convertirse en hipercrítica, en crítica solamente destructiva sin finalidades constructivas— es, a su vez, que la crítica historiográfica no solamente existe, aquí y ahora, sino que, por así decir, siempre ha existido, pues, como en el caso de la literatura y de las ciencias naturales y exactas, al menos particularmente, si no es que en el de todo saber y toda cultura— la crítica de sí misma y/o de sí mismo, la autocrítica y la crítica de sus conexiones con otros conocimientos, es básica y fundamentalmente. Además, quizás deba admitirse que la historia es la ciencia totalizadora por antonomasia, la que arrastra consigo de hecho y de derecho todos los

Para ejercer la crítica no bastan los dones nativos, por más altos que sean; hace falta también la cultura. El trato frecuente con las obras artísticas y literarias no sólo nos pule sino que nos cambia al grado de que llegamos a adquirir una segunda naturaleza. Hay un instinto crítico, quiero decir, un instinto que no es natural pero que llega a fundirse con nuestros sentidos y se vuelve natural. Ese instinto se llama gusto y es, a un tiempo, el fundamento y el límite de la crítica. El fundamento porque sin el gusto, sin la relación afectiva con la obra, no es posible que se realice la experiencia estética; el límite porque todas las obras de arte que cuentan trascienden siempre el gusto de la época. Así, el gusto nos revela las obras y nos las oculta.

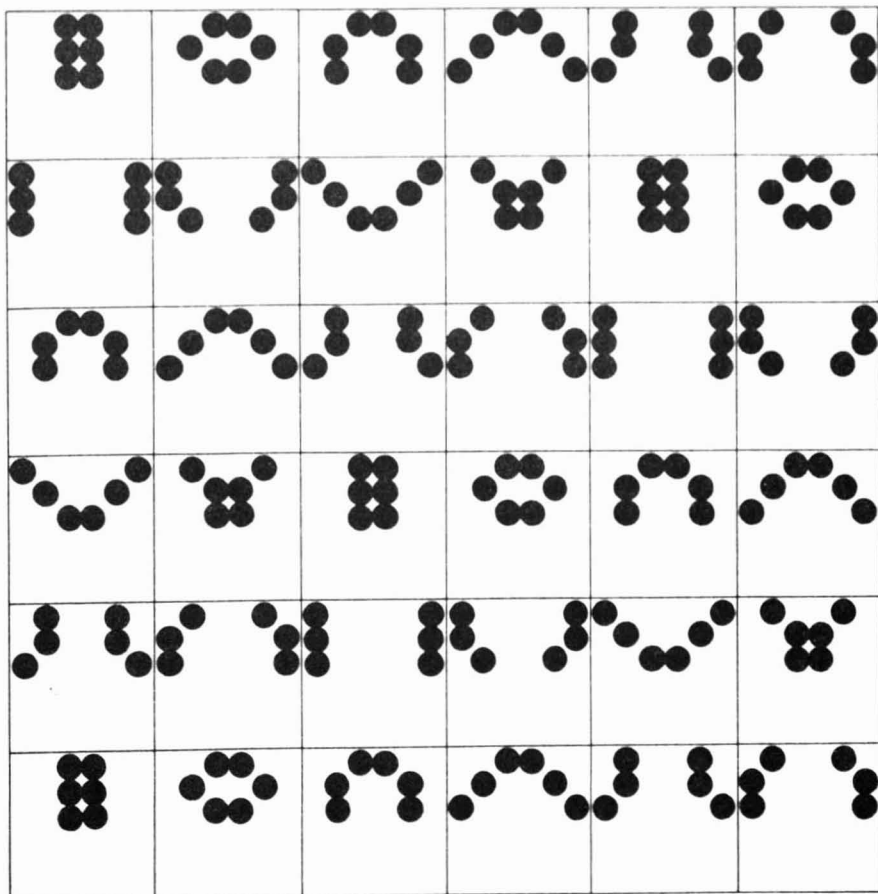
Octavio Paz

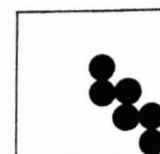
Xavier Villaurrutia en persona y en obra, 1978

demás conocimientos, y que, por ello mismo, debe ser la más crítica, la más lógica, la más ponderada y cuidadosa, la más razonante de todas, sin por eso desechar, empero, y por su misma vocación de universalidad, la dosis de emotividad, individualismo, voluntariedad e irracionalismo —acríticos— que el propio hombre manifiesta en su realidad, pasada o actual.

La crítica historiográfica se encuentra hoy, por y para sí misma en crisis —una crisis que, a mi parecer, significa mucho respecto de su futuro y, por ende, respecto de su pasado—. Aun cuando en otros países esta crisis tiene ya más tiempo de haberse comenzado a manifestar, en el nuestro apenas ahora parece haberse iniciado. En breves notas, adelante me atrevo a plantear los que, en mi opinión, son los rasgos característicos de dicha crisis.

La *crítica historiográfica tradicional* se ha peculiarizado por su cerrado *tecnicismo*, por su profesionalismo a ultranza, lo cual la ha mantenido como *crítica esotérica*, como un arte o magia solamente de iniciados, en la que nada tiene que ver la crítica que pudiera emanar de la “conciencia natural” del hombre. El hecho de pretender sujetarla a un cartabón “científico-técnico” de validez permanente y universal —aun cuando para esto se recurra a préstamos “filosóficos” tan acríticos como la analítica más o menos intrascendente y sin complementos, ni menos superaciones dialécticas— revela y aun concentra el propio defecto tecnicista. Por ejemplo, en un reciente coloquio universitario acerca, precisamente, de temas y perspectivas de la historiografía mexicana, se redescubrió el modelo de investigación historiográfica formulado, hace ya muchos años, por el fi-





lósofo español inmigrado José Gaos. Como se recordará, consideraba éste como temas centrales de la historiografía —o crítica historiográfica—: la heurística, la hermenéutica, la arquitectónica, la etiología y el estilo. La obra y las operaciones ordenadoras y conceptuales creadoras del historiador deben ser sometidas a un análisis descriptivo y crítico de acuerdo con los diferentes apartados del método propuesto.

Sin duda que para una alta consideración técnica, el modelo sugerido no sólo es conveniente y útil como plan y programa analíticos, sino que también, en cierto modo, es necesario, indispensable. Pero se observará que —quizás por su origen probablemente kantiano y no moderno, muy cerca del neopositivismo frecuentemente aplicado— es, en cambio, mudo acerca de, por lo menos, dos grandes y graves problemas del mismo campo por resolver: 1) la obra histórica y su autor, en la fase genética, como proceso y actividad creadores, son una y la misma cosa viva, y los instrumentos —vgr. los contenidos documentales sujetos a selección e interpretación heurística— y las “sustancias” que maneja y en las que asimismo participa —vgr. las ideas ambientes sobre la sociedad, el hombre y la

propia historia— lo mismo. Después de “analizar” la obra y vida personal y social del historiador, hay pues que rehacer la imagen de su actividad creadora como un todo vivo, dialéctico, en el que más bien se trasfunden, que no necesariamente quedan apartadas, múltiples nociones, emociones, actitudes y conceptos; el método analítico ya no funciona, hay que substituirlo con un método de relaciones y correlaciones dinámicas y, en última instancia, de estructuras y fuerzas de carácter personal y social en movimiento esta sería la *crítica historiográfica dialéctica*, todavía en mucho por desarrollarse particularmente en nuestro medio nacional. Y 2) el efecto ulterior de la obra histórica publicada en el medio histórico concreto —estructura social, política, económica y cultural diversificada, coyuntura, tiempo durable, etc. Para valorar la obra histórica en forma consecuente con su intención y resultados de elaboración primigenios, y en tanto prueba definitiva de su verdad objetiva y no meramente autocontemplativa, su estudio o al menos observación complementaria, deben reintegrarse al torrente vital que transcurre entre los otros, los historiadores y críticos de la historia, ciertamente, pero también el hombre común cuya conciencia está asimismo proyectándose en el mundo histórico y quien, tanto gnoseológica como prácticamente, en parte superará la entrega y en parte la asimilará precisamente como elemento de esa superación. El mundo histórico total, al que el historiador debe su función, está compuesto de ambas dimensiones. El que éste voluntariamente se restrinja a sus parcelas técnicas o al cultivo “idealista” de grandes y solemnes abstracciones —que en última instancia nacen también en aquél— no cancela la realidad y vigencia del primero y sí, en cambio, puede obstaculizar el gran deseo humano de colocar su conciencia —sobre todo en su forma de conocimiento y crítica— en medio de las fuerzas ciegas —a veces de reciente aparición— que todavía lo dominan.

La historiografía y la crítica historiográfica modernas, actuales, y la propia creación histórica, ya no pueden continuar atendiéndose únicamente a las ideas y modelos heredados de las viejas escuelas de origen primordialmente académico. Deben asumir la crisis que hoy las afecta, discutir en campo abierto sus presupuestos, resolver sus identidades, sus limitaciones y sus contradicciones con respecto a las nuevas condiciones que las determinan y aplicar crítica y autocriticamente las conclusiones que les advengan. Sólo así salvarán las responsabilidades teórico-prácticas de su futuro.

El tiempo y el espacio amablemente concedidos me obligan a concluir por ahora estas reflexiones, las cuales, si aprovechan la oportunidad y hospitalidad brindadas, no son por ello propiamente oportunistas sino, en todo caso, fruto individual y por lo tanto limitado, de los años vividos.

